

Garage Sale

Voy a dar una vuelta, dijo, y, antes que alcanzara a preguntarle adónde, ya estaba sacando el auto en retroceso, metiendo las ruedas en los lirios que él mismo se había encargado de trasplantar desde la casa que tuvimos en Springfield, antes de trasladarnos a Eugene. Los lirios son los más perjudicados^o cuando anda enrabiado o confundido con alguno de esos trabajos que le suelen encargar, y que empieza a escribir con entusiasmo pero luego deja de lado explicando que no puede agarrar bien el hilo.^o

La typewriter de mi daddy es como la sewing machine que tiene mi mamá, esa que compró usada en un garage sale y que a veces trabaja bien y otras se atasca.^o Cuando él escribe sin parar por una hora es porque está contestando una carta de uno de sus amigos, esos testamentos de diez páginas que les ha dado por intercambiar por correo, reclama mi mamá. Y cuando escribe un ratito y luego hay un silencio largo en su cuarto es porque está pensando en algún problema —como esos homeworks que nos da Miss Greenfield—. Y ya sabemos que en cualquier momento va a bajar, va a dar una vuelta por la cocina destapando las ollas o va a pasar directamente al yard a regar sus tomates, diciendo que le sirve para concentrarse.

—Apuesto que tu papá quería ver el noticiero y tú le cambiaste el canal— le dije a Marisol, que ya se había instalado frente al televisor con un paquete de galletas y los discos de Def Leppard desparramados por el suelo, enchufada^o en uno de esos programas musicales donde los cantantes cambian de escenario a cada estrofa.

—No, él me dijo que hoy tenía que escribir algunas cartas. Además, el único programa que le interesa es el noticiero de las siete. Yo le fui a decir que por qué no aprovechaba de escribirle también una carta a la abuela y así la traíamos de una vez, aunque sea de visita. Entonces él se levantó del asiento y pumm . . . salió. ¿Crees que fue al post office?

Como no entiendo ni papa del fútbol americano, y no me

Spanish version of "Garage Sale People," *The Americas Review* 18.3-4 (1991): 69-75.

Juan Armando Epple

hablen del béisbol, sin contar lo difícil que es agarrar el inglés de las películas (es como hablar masticando una papa, explica Marta, tratando de imitar alguna frase), la única forma de sacarle el cuerpo a las preguntas de Marisol es salir a la calle a calentar un poco los músculos. Aunque esta frase ya no me alcanza ni para metáfora, porque cada vez que me topo con un espejo veo que he seguido aumentando varias libras por año, y ya me están asomando las primeras canas. Es la verdad más interesante del hombre, celebra Marta, aunque no deja de pasarme un dedo por la aureola° de fraile que también se me va dibujando en la nuca. Además, cada vez que me decido a salir a correr me encuentro compitiendo con cientos de atletas que no sólo compran las mismas zapatillas Nike, sino que están convencidos de que Eugene es la capital mundial del jogging, y todos y los más modestos se conforman con ganar el maratón de Nueva York. Al final he optado por entrenarme en la clásica silla de ruedas de este país, aunque sea para imaginar que vamos a descubrir nuevas rutas, deslizándome por calles rigurosamente diagramadas, con sus semáforos y policías de tránsito regulando el ejercicio, jurándole fidelidad a este auto que lucía tan imponente los primeros días, y que ahora se mueve a saltos, como un Pinto resfriado.

corona

Cuando estaba aprendiendo a manejar y el Chino (que es de Antofagasta, y ni él sabe de dónde le cayó el apodo°) me enseñó algunas técnicas básicas de mantención, como medir el aire de las ruedas, cambiarle el aceite, ponerle antifreeze al radiador, pensé que sería útil agenciarme° algunas de esas herramientas que él trae en el maletero de su convertible (éste sí que es convertible compadre, celebra pasándole una manga os-

conseguirme

hood / los tiempos buenos

tentosa al capot° de los años de la cocoa,° porque se convierte hasta en cama cuando se presenta la ocasión), me detuve una vez frente a uno de esos letreros que anuncian "Garage Sale", buscando algo extra para equipar el auto. Con una curiosidad que poco a poco se fue convirtiendo en obsesión descubrí que los garage sale consistían en pequeños mercados familiares que los gringos instalan en el garage o el patio de sus casas, donde ponen a la venta objetos de segunda mano o incluso nuevos, traídos seguramente de sus safaris turísticos o de esas irresistibles liquidaciones de las grandes tiendas, y que acumulan en sus casas hasta que la pasión ingenua por la novedad los obliga a ofrecerlos por unos pocos dólares para dejar más espacio pa-

ra otras adquisiciones. En las primeras salidas me dejé llevar por el entusiasmo, un entusiasmo a precio casi regalado por la variedad de artículos dispuestos en mesitas o depositadas como al descuido en los prados de tarjeta postal. Comencé a llevar a la casa inesperados trofeos que activaban una mirada entre compasiva y recelosa de Marta: un arado del tiempo anterior a la gasolina (esa parcela que tuvimos que vender apresuradamente en el sur para poder salir a tiempo del país), litografías, anzuelos, marcos de retratos, una guayabera mexicana nueva, que usé hasta en pleno invierno, no tanto para imaginarme cómo nos habría ido en ese país si nos hubiera llegado la visa a tiempo, sino para revivir las despedidas en la Bomba Bar, anotar las direcciones, repasar el lenguaje cifrado para comunicarnos noticias, y el gringo Hoefler mirando de reojo° las sillas vacías, decidido a quedarse hasta el último por alguna secreta razón ancestral, y ahora un brindis por "El azote de Puebla", un par de pistolas Colt 45 en imitación de lata, de esas idealizadas en las novelas de cowboy de un tal Marcial Lafuente Estefanía, que resultó ser luego un español que decidió exiliarse en un rincón de su propio país y que pudo ganarse la vida escribiendo historias de un Far West que diagramaba con la ayuda de un mapa arrancado de un National Geographic Magazine, discos de Frankie Avalon o Los Cuatro Latinos, y esos best sellers que se desvaloran tan rápido que hay que arrumbarlos en una caja a ver si alguien se los lleva gratis, help yourself. Suspendí mis compras de ocasión cuando, al volver una tarde con un maniquí escultural que merecía estar en mi oficina, encontré a Marta atareada° arrumbando nuestros propios desusos en el garage, tratando de organizar mejor nuestro espacio:

ocupada

—Si vas a seguir con tu deporte de los garage sale, vale más que te dejes de coleccionar fantasmas y me consigas algo útil. Hace tiempo que te pedí que me busques unos frascos para conservar, o una aspiradora que funcione, ya que no quieres comprar una nueva.

En el tiempo que llevamos fuera de Chile habíamos tenido que cambiar de país dos veces (porque en unos para conseguir visa de residencia hay que tener primero contrato de trabajo, en otros para conseguir trabajo hay que tener primero permiso de residencia, sin contar con que hay otros donde no nos aceptan ni de turistas) y estando en Estados Unidos veníamos recorriendo

out the side of the eye

más de cinco estados, hasta encontrar un trabajo más o menos estable en Eugene. Oregon nos atrajo de inmediato, como un imán^o secreto, por su extraordinario parecido con el Sur de Chile. Nuestros desplazamientos nos obligaban a hacer y deshacer maletas, vender o regalar los pocos muebles que juntábamos, embalar^o y desembalar los libros de Darío, porque eso sí, una debe despedirse de la aspiradora, las ollas, y hasta el juego de loza,^o pero al perla^o los libros hay que instalárselos en la mejor parte del camión, allá vamos a comprar todo nuevo, m'jita, no se preocupe. También había que enviarles la nueva dirección a algunos familiares y a los amigos que aún nos reconocen en el mapa, presentar en otra escuela los certificados de colegio y vacunas de Marisol, quien ya no sabía qué poner en la sección país de origen, optando finalmente por escribir con sus mayúsculas MARISOL (lo que al menos le garantizaba un puesto seguro en las clases de geografía), y hasta diseñar una huerta improvisada en el patio de la casa para plantar un poco de cilantro y albahaca. Porque eso sí, estos exiliados tan orgullosos siempre están dispuestos a viajar, a "buscar nuevos horizontes", pero donde van siguen suspirando por las empanadas y humitas^o que les solía preparar la abuela. Cuando le dio por los garage sale no me preocupé mucho, porque me parecía una distracción inofensiva y hasta novedosa, pero cuando empezó a alabar ante los chilenos las ventajas de esos "mercados persas",^o como los llamaba, tuve que cortarle un poco la afección, pues los amigos, como me confidenció Hilda, ya nos estaban llamando "Los Persas".

En la escuela no saben dónde queda Chile, y por eso me llaman a veces hispanic or latin. Una vez que le dije a la English teacher que era un país muy bonito, con muchas montañas y frutas, me sonrió y me dijo que era una gran verdad, que ella tenía muy buenas memorias de un viaje que hizo a Acapulco. Quizás no lo ubican porque en el mapa se ve tan chico, como un fideo, y por eso han tenido que salir tantos chilenos a vivir en otros países. Pero lo que no entiendo entonces es por qué, si es tan chico, todo lo que hay allá es tan grande. Cada vez que se juntan los chilenos en la casa —porque en cada ciudad donde hemos vivido siempre hay un grupo de chilenos que se llaman por teléfono todos los días y se juntan a comer—, se dedican a crear un país que no creo que entre en ningún mapa. A decir que las sandías de allá son mucho más grandes y dulces que las que

venden en Safeway, que las uvas son del porte^o de las ciruelas de aquí, que el Mount Hood no le llega ni a los talones al Aconcagua, que no hay como un caldillo de congri^o, que debe ser un pescado enorme como un tiburón, pero que sabe muy sabroso, que el vino que se vende aquí parece tinta dulce o la cerveza tiene gusto a pichí,^o y que no hay comparación entre el pan amasado del Sur y las rebanadas de plástico que venden aquí. Un día se juntaron a discutir una cosa de pasaportes y a revisar una lista que traía el tío Romilio, inventándose sobrenombres que empezaban con la letra L (como Loco, Lampiño, Lolosaurio, Lucifer, Latoso, Libertador de Lanco, y así). Nosotros los niños nos pusimos a hacer dibujos. Yo dibujé una cordillera y se la fui a mostrar a mi papi. Él miró mi dibujo un largo rato, se puso serio, y luego me corrigió con un lápiz la cordillera diciendo que era mucho más alta y difícil de cruzar. No se dio cuenta que también había dibujado un avión. Esa tarde se dedicó a criticar todo lo que decían los tíos, que así tenemos que llamar a los grandes pero no porque sean tíos, sino porque son chilenos que se visitan, a decir que las empanadas son originarias de China y que la cueca es un baile que llevaron a Chile desde África. Al final las visitas se enojaron y se fueron, y uno de los tíos le gritó desde la puerta a mi papi que lo único que le estaba quedando en claro era que nosotros ahora nos creíamos persas.

Marisol nos había puesto en aprietos una vez más con su lógica inocente, justo ese día de sol y Kuchen^o de moras alemanas, cuando se me ocurrió hacer un comentario sobre la harina que venden en los supermercados y ella aprovechó para decir: si la abuelita sabe hacer mejor kúchenes, ¿por qué no vamos a Chile a visitarla? Darío se paró y caminó hacia la cocina, ¿alguien quiere más café?, dándome esa mirada de usted-salió con-el-tema-y-lo-resuelve. Pero como a estas alturas del exilio es difícil explicarle a una niña que creció en este país lo que significa tener una L en el pasaporte,* traté de explicarle que los pasajes están últimamente por las nubes, que el papá ha estado haciendo esfuerzos por ahorrar dinero, pero apenas estamos en condiciones de comprar un pasaje, y no es justo que viaje a Chile sólo uno de nosotros, ¿verdad? No sé si quedó muy

pastel alemán
[kujen]

* L (Listado nacional). Durante la dictadura militar en Chile (1973-1989) a los exiliados a quienes se les prohibía ingresar a su país les marcaban el pasaporte con una letra L.

convencida, pero se comió un pedazo extra de kuchen, estuvo haciendo figuritas con la servilleta y luego anunció que tenía la tele reservada hasta las doce.

Yo aproveché para ir a encerrarme a la oficina, pero al rato subí, levantó con curiosidad mis papeles como si estuviera muy interesada en ver lo que escribo, y luego, mirando por la ventana, me propuso: ¿por qué no invitamos a la abuela a que venga a pasar el verano con nosotros? Es sólo un pasaje, ¿verdad? Y a una niña a la que se le ha estado pintando por años un país hecho de sabores y olores definitivos, de memorias fijas y obsesivas, de rostros que parecen estar todavía a la vuelta de la esquina, y sobre todo de presencias familiares que van creciendo a medida que se alejan en el tiempo que nos distanciamos, no se le puede decir de un día para otro que la abuela murió a los pocos meses de tener que abandonar nosotros Chile. Por eso sólo le sacudí un poco la chasquilla sabihonda,° es buena idea señorita, vamos a ver qué podemos hacer, y salí.

Ese día recorrí varios garage sales, sin buscar nada en especial, y si me detuve frente a esa casa fue para examinar unas herramientas de labranza que tenían allí, con los precios cuidadosamente marcados en papelititos blancos, para ver si encontraba algún azadón para la huerta. Estaba por regresarme cuando descubrí a la anciana, instalada en una silla reclinable, con la vista perdida en un mundo anterior a todos los domingos de preguntas y garage sale. Al principio pensé que era otro maniquí, puesto artísticamente en la silla para realizar° un vestido azul, con encajes de terciopelo, o la caja de diseños hindú que le habían puesto en el regazo. Pero al acercarme a revisar unas camisas y observarla de reojo, vi con sorpresa que la figura estraba la mano, cogía un abanico de 25 centavos de la mesa, recuerdo de alguna excursión a Sevilla, y se empeñaba en abanicarse con movimientos enérgicos, pero con un dejo de coquetería.

El dueño de casa, viéndome estrujar el cuello de una camisa sport, se me acercó con una sonrisa de oreja a oreja y la típica pregunta de supermercado: May I help you? Acto seguido me aseguró que esas camisas estaban casi nuevas, y que habían decidido vender parte de sus pertenencias porque la hija acababa de casarse y ellos se mudaban a un departamento. Usted sabe, agregó, a medida que envejecemos necesitamos menos espacio.

Por una reacción impulsiva, que ponía en tensión los dilemas

que me estaban fastidiando, le pregunté a mi vez, apuntando con el dedo:

—¿Y cuánto cobra por esta abuela?

El ciudadano me miró con la boca abierta, y luego se metió rápidamente en la casa.

Inicié rápidamente la retirada, anticipando una merecida colección de insultos que me darían una visión más académica del inglés, pero antes de doblar la esquina sentí que me llamaba, con un tono casi dulce. Una señora rubia estaba a su lado, secándose las manos en el delantal.

—¿What about five hundred bucks?—me dijo poniéndome una mano amistosa en el hombro, y bajando la voz en los números, como si fuera la proposición del año.

Tomando mi confusión por cálculo, la señora agregó:

—La verdad es que vale mucho más. Con decirle que ni siquiera habíamos pensado en venderla.

—Además—terció° el marido— está completamente sana, interviniendo y sólo recién ha comenzado a usar anteojos. Hace un mes le hicimos un chequeo completo, y el médico nos aseguró que vivirá muchos años más. Así como va, nos pronosticó el doctor —mi hipotético pariente iba a lanzar una carajada aprobatoria, pero la señora se la cortó de un codazo— capaz° los entierre she might a ustedes.

—¿De verdad está para la venta?— les insistí, perplejo.

—Es que como el departamento es muy pequeño, la única solución que nos quedaba era mandarla a un centro de ancianos, y la verdad es que ella, tan acostumbrada a la vida familiar, no merece terminar allí. Nosotros no nos imaginábamos que existía esta otra solución: una familia joven, llena de proyectos, porque usted, por su acento, debe ser un inmigrante hispano ¿verdad? que le ofrezca una nueva oportunidad, y en ese ambiente latino donde se valoran tanto las tradiciones antiguas . . .

—¿Cuánto puede ofrecer por ella? —agregó la señora—. Además se la entregamos con todos sus efectos personales, y no sabe usted todos los objetos valiosos que ha acumulado en su vida. Incluso le daremos varios artefactos de cocina, porque ha de saber usted que ella suele preparar unos pasteles de manzana de primera, con una receta secreta que heredó de su madre, y le gusta cocinar en sus propias fuentes.

Demoramos un par de horas en la transacción, y luego de convenir la forma de pago, decidimos que volvería a buscarla

°patted her
°bright little
°head

llamar la atención



en dos semanas. Una decisión prudente, porque hay que tener en cuenta que estos cambios no se pueden hacerse de un día para otro.

yerba mate

Esa noche, durante la cena, noté que Darío estaba más callado que de costumbre, y además se le ocurrió tomar mate. Pero de pronto, mirando a Marisol que se entretenía en dibujar algo en una servilleta, empecé a proponer, con un entusiasmo de recién llegado, una serie de cambios en el orden de la casa, y a preguntar si todavía teníamos la cama plegable que compramos cuando vino a visitarnos el chilote Heriberto desde California.

Porque tenemos que preparar un dormitorio extra, les déje caer, gozando por anticipado de la sorpresa: hoy le reservé un pasaje a la abuela, y viene a visitarnos en dos semanas más. Luego salí al patio, porque todavía había luz afuera, y las colinas que rodeaban el Willamette Valley extremaban las gradaciones del verde hasta confundirlo con los destellos dorados del sol. Era como estar otra vez frente al Lago Llanquihue, respirando al ritmo secreto de las estaciones, pero sin estar allá.

Pero salí también porque quería cerciorarme que los portos verdes estaban afirmando bien sus guías en las estacas, que había pasado ya el peligro de las heladas, y que el azadón que mis inesperados parientes gringos me habían dado de yapa era de buena calidad.

pilon (extra)

estar seguro

frijoles

resaltaban

el brillo

Preguntas:

1. ¿Quiénes son los personajes-narradores?
2. ¿Quién narra primero? ¿Qué dice de las vueltas que da Darío?
3. ¿Quién es la segunda narradora y qué nos dice acerca de la máquina de escribir?
4. ¿Quién es el tercer narrador y qué dice acerca de su vida en los EE. UU.? ¿Cómo se describe?
5. ¿Por qué le atraen los 'garage sale'?

¹Del francés: *lagnitappe*, lo que se da extra o gratuitamente en una compra; en Sudamérica, frecuentemente *la ñapa*.



6. ¿Qué dice Marta de la experiencia de la familia en los EE. UU.? ¿Cómo llama ella a los garage sale y cómo los llaman a ellos sus amigos chilenos?
7. ¿Qué dice Marisol de su experiencia en la escuela? ¿De qué manera es diferente el Chile que ella conoce del que describen los chilenos, amigos de sus padres?
8. ¿Qué tema provoca la preparación de *kuchen*? ¿Qué le pone Marisol a su padre? ¿Por qué no será posible?
9. ¿Qué encuentra Darío en un garage sale? ¿Qué transacción se realiza?
10. ¿Qué efecto tendrá la presencia de "la abuela"? ¿Qué "yapa" le dieron a Darío sus nuevos parientes?

Para comentar:

1. El choque cultural que experimenta la persona exiliada.
2. El 'garage sale' como manifestación cultural norteamericana.
3. La ignorancia geográfica entre los ciudadanos norteamericanos.
4. El empleo de anglicismos en el cuento.

Temas de composición:

1. Haciendo de cuenta que Ud. es un exiliado en este país, *Pretending* describa sus experiencias.
2. Describa el choque cultural que Ud. haya experimentado al visitar o residir en este país o en otro.
3. La pervivencia de la cultura hispana en los EE. UU. entre *survival* los grupos latinos.